



Homilía - Domingo 22 del Tiempo Ordinario

*Mons. José H. Gomez
Arzobispo de Los Angeles*

*Catedral de Nuestra Señora de Los Angeles
Los Angeles, California
28 de Agosto de 2011*

Estimados hermanos y hermanas en Cristo,

En el Evangelio que acabamos de escuchar vemos que San Pedro es una vez más el centro de las atenciones.

En el Evangelio de la semana pasada, como podemos recordar, San Pedro aparecía casi como un héroe. Él se dio cuenta de que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios Vivo. Y Jesús lo llamó la roca sobre la cual construiría su santa Iglesia Católica.

Pero en el Evangelio que acabamos de escuchar, Jesús no llama a Pedro la roca. En vez de eso, le dice que es una “piedra de tropiezo”, un obstáculo. ¡Hasta le dice “Satanás”!

¿Qué pasó? ¿Qué hizo Pedro que tanto molestó a Jesús?

Como acabamos de escuchar, Jesús estaba explicando a sus discípulos qué significaba en realidad que Él fuera el Mesías. Él les decía que tenía que ir a Jerusalén, y ahí sufriría y sería condenado a muerte.

Pedro ama a Jesús, y su fe es sincera. Es natural que no quiera que Jesús tenga que sufrir y morir.

Y por los Evangelios sabemos que Pedro tiene una personalidad apasionada e impulsiva. Entonces él lleva a Jesús aparte, y trata de disuadirlo, diciendo: “No lo permita Dios, Señor. ¡Eso no te puede suceder a ti!”

Pero Pedro no está pensando correctamente. Está pensando en términos humanos. No está pensando en términos de la voluntad y de los propósitos de Dios.

Jesús ve las palabras de Pedro básicamente como una tentación. Por eso le llama “Satanás”. Porque Satanás es el tentador, el que siempre trata de obstruir los planes de Dios. Las palabras de Pedro son una tentación para Jesús, pues lo invitan a rechazar la misión que Dios le dio. Son una tentación para que se salve del sufrimiento de la cruz.¹

Hermanos y hermanas, podemos mirar al mundo desde dos puntos de vista; podemos vivir básicamente de dos maneras. Por un lado, podemos vivir según la lógica humana -

con la mentalidad de este mundo. Así pensaba Pedro en el Evangelio de hoy. Y según esa manera de pensar, la cruz es un escándalo.

Pero nuestro Señor desafía a San Pedro en el Evangelio de hoy - y a cada uno de nosotros - a pensar no como el mundo piensa, sino como Dios piensa.

En la segunda lectura de la Misa de hoy, San Pablo nos dice: “No se dejen transformar por los criterios de este mundo”, sino dejen que la misericordia de Dios los transforme.

Siempre debemos tratar de conocer la voluntad de Dios. Siempre debemos tratar de conformar nuestra voluntad a la de Dios.

La voluntad de Dios para nosotros, hermanos y hermanas, es sencilla y hermosa.

Él quiere que cada uno de nosotros llegue a ser santo. Él quiere que vivamos como Jesús, y que vivamos por el Evangelio.

Jesucristo nos llama hoy a hacer de *su cruz* el modelo de nuestra vida cristiana. Él nos invita a negarnos a nosotros mismos, a tomar *nuestra cruz* y seguirlo.

Hermanos y hermanas, ésta no es una opción. Esto es lo que significa ser cristianos. Estamos llamados a imitar el amor que Jesucristo nos mostró al entregar su vida por nosotros en la cruz.

Ustedes y yo, no encontramos nuestra cruz personal en Jerusalén. Encontramos nuestra propia cruz aquí mismo, en medio de nuestra vida cotidiana.

Nuestra cruz no está hecha de madera. Nuestra cruz es el deber que tenemos de vivir nuestra vida cristiana en donde sea que Dios nos ponga: en nuestros hogares, en nuestro trabajo, en nuestras comunidades, en nuestra vida pública como ciudadanos.

Nuestra cruz son todos los pequeños sacrificios que hacemos, todos los actos secretos de bondad que hacemos por amor a Dios y por amor a nuestros hermanos y hermanas. Nuestra cruz son todos los sufrimientos y dificultades que abrazamos por causa del Evangelio.

¡Esta es la voluntad de Dios para nosotros! ¡Qué simple y hermoso programa para nuestras vidas!

Todos los días tenemos muchas oportunidades de realizar algo hermoso y así servir a Dios, para hacer de nuestras vidas una ofrenda a Dios, para entregarnos libremente en verdadero amor y servicio a los demás.

Pero todos sabemos que esto no es siempre fácil.

¿Acaso no es cierto que existen algunas personas en nuestras vidas a quienes nos cuesta amar? Y no siempre es fácil ser pacientes con las personas, ni siquiera cuando lo hacemos por amor a Jesús.

A veces nos encontramos ante situaciones que hacen que ser fieles a la verdad de Jesús y a nuestros valores cristianos sea un reto para nosotros.

De esto se trata la primera lectura de la misa de hoy. El profeta Jeremías es maltratado por proclamar la Palabra de Dios. Él es tentado a simplemente dejar de hacerlo y permanecer en silencio. Él dice: “No mencionaré el nombre de Dios”.

Podemos entender lo que dice Jeremías. Vivimos en una cultura en donde existen muchas presiones para que mantengamos nuestra fe en privado, para que mantengamos nuestras creencias para nosotros mismos, especialmente cuando se trata de vivir nuestra fe y valores católicos en la vida pública.

Pero el profeta Jeremías no pudo permanecer en silencio. Y como él, hermanos y hermanas, nosotros tampoco podemos hacerlo. Jeremías dijo que su corazón ardía por hablar acerca del amor de Dios. Así también nosotros deberíamos sentirnos.

Por lo tanto, esta semana tratemos de realizar pequeños sacrificios en nuestras vidas, de negarnos a nosotros mismos como Jesús nos pide. Tratemos de abrazar las cruces de nuestras vidas con una mejor actitud de aceptación de la voluntad de Dios.

Al comprometernos más y más a cargar la cruz de Cristo en nuestra vida cotidiana, descubriremos que Él nos va transformando en las personas que estamos llamadas a ser.

Nos vamos a encontrar con dificultades y sufrimientos. Eso es así. Es parte de nuestra condición humana. Pero estamos llamados a aceptar estos retos con amor. Podemos “ofrecer” nuestras dificultades y sufrimientos a Dios, por compasión a aquellos que también sufren.

Seguir el llamado de Dios no es fácil, pero seremos recompensados. Jesús nos promete, al final del Evangelio de hoy, que si tomamos nuestra cruz y lo seguimos, encontraremos al final de nuestro peregrinar, la Resurrección y la vida eterna.

Debemos rezar siempre para que sepamos discernir en nuestras vidas la voluntad de Dios y para que Él nos dé la fortaleza para tomar las decisiones correctas en la búsqueda de nuestro destino eterno.

Pidámosle a Nuestra Madre Santísima que nos ayude. Ella caminó con Jesús en el camino de la cruz. Que ella nos ayude a cargar nuestra cruz y a seguir a su Hijo con mayor fidelidad, y a reconocer, en medio de nuestras alegrías y dificultades, que caminamos hacia la Resurrección.

ⁱ Matt. 27:42.